

ARGUMENTO DEL CANTO PRIMERO.

Navegacion de los Portugueses por los mares Orientales: celebran los dioses un consejo: se opone Baco á la navegacion: Vénus y Marte favorecen á los navegantes: llegan á Mozambique, cuyo gobernador intenta destruirlos: encuentro y primera funcion de guerra de los Portugueses contra los gentiles: levan anclas, y pasando por Quiloa, surgen en Mombaza.

LOS LUSIADAS.

CANTO PRIMERO.

I.

Las armas y varones distinguidos,
Que de Occidente y playa Lusitana,
Por mares hasta allí desconocidos,
Pasaron más allá de Taprobana;
Y en peligros y guerra, más sufridos
De lo que prometia fuerza humana,
Entre remota gente, edificaron
Nuevo reino, que tanto sublimaron:

II.

Y tambien los renombres muy gloriosos
De los Reyes, que fueron dilatando
El Imperio y la Fé, pueblos odiosos
Del África y del Asia devastando;
Y aquellos que por hechos valerosos
Más allá de la muerte ván pasando;
Si el ingenio y el arte me asistieren,
Esparciré por cuantos mundos fueren.

010662

III.

Callen del sabio Griego, y del Troyano,
 Losgrandes viajes, con que el mar corrieron;
 No diga de Alejandro y de Trajano
 La fama las victorias que obtuvieron;
 Y, pues yo canto el pecho Lusitano,
 A quien Neptuno y Marte obedecieron,
 Ceda cuanto la Musa antigua canta,
 A valor que más alto se levanta.

IV.

Vosotras, mis Tajides, que creado
 En mí habeis un ingenio, nuevo, ardiente;
 Si siempre, en verso humilde, celebrado
 Fue por mí vuestro rio alegremente,
 Dádme ahora un son noble y levantado,
 Un estilo grandilocuo y fluyente,
 Con que de vuestras aguas diga Apolo,
 Que no envidian corrientes del Pactolo.

V.

Dádme una furia grande y sonora,
 Y no de agreste avena ó flauta ruda:
 Más de trompa canora y belicosa,
 Que arde el pecho, y color al rostro muda:
 Canto digno me dad de la famosa
 Gente vuestra, á quien Marte tanto ayuda:
 Que se estienda por todo el universo,
 Si tan sublime asunto cabe en verso.

VI.

Y vos, ¡oh bien fundada seguridad,
 De la Luseña libertad antigua,
 Y no menos ciertísima esperanza
 De la estension de cristiandad exigua!
 Vos, miedo nuevo de la Máura lanza,
 En quien hoy maravilla se atestigua,
 Dada al mundo por Dios, Rey sin segundo,
 Para que á Dios gran parte deis del mundo:

VII.

Vos, tierno y nuevo ramo floreciente
 De una planta, de Cristo más amada
 Que otra alguna nacida en Occidente,
 Cesárea, ó Cristianísima llamada:
 Mirad el vuestro escudo, que presente
 Os muestra la victoria ya pasada,
 En el que os dió, de emblemas por acopio,
 Los que en la Cruz tomó para sí propio:

VIII.

Vos, poderoso Rey, cuyo alto imperio
 El primero ve al sol en cuanto nace,
 Y en el medio despues del hemisferio,
 Y el último, al morir, saludo le hace:
 Vos, que yugo impondreis y vituperio
 Al ginete Ismaelita y duro Trace,
 Y al turco de Asia y bárbaro gentío,
 Que el agua bebe aún del sacro rio:

IX.

Breve inclinad la majestad severa
 Que en ese tierno aspecto en vos contemplo,
 Que luce ya, como en la edad entera,
 Cuando subiendo ireis al árduo templo;
 Y ora la faz, con vista placentera,
 Poned en nos: vereis un nuevo ejemplo
 De amor de patrios hechos valerosos,
 Sublimados en versos numerosos.

X.

Amor vereis de patria, no movido,
 De vil premio, mas de alto casi eterno;
 Que no es un premio vil ser conocido
 Por voz que suba del mi hogar paterno.
 Oid; vereis el nombre engrandecido
 Por los de quienes sois señor superno,
 Y juzgareis lo que es más excelente,
 Si ser del mundo Rey, ó de tal gente.

XI.

Oid, que no á los vuestros con hazañas
 Fantásticas, fingidas, mentirosas,
 Vereis loar, cual hacen las estrañas
 Musas, de engrandecerse deseosas:
 Las nuestras, no fingidas, son tamañas,
 Que á las soñadas vencen fabulosas,
 Y con Rugiero á Rodamonte infando
 Y, aun siendo verdadero, hasta á Rolando.

XII.

Os daré en su lugar un Nuño fiero,
 Que hizo al reino y al Rey alto servicio:
 Un Égas y un Don Fúas; que de Homero,
 Para ellos solos el cantar codicio;
 Y por los doce Pares daros quiero,
 Los doce de Inglaterra y su Magricio;
 Y os doy, en fin, á aquel insigne Gama,
 Que de Eneas tambien vence la fama.

XIII.

Y si del Franco Cárlos en balanza,
 O de César quereis igual memoria,
 Ved al primer Alfonso, cuya lanza
 Oscurece cualquiera estraña gloria:
 Y á aquel que al nuevo reino aseguranza
 Dejó, con grande y próspera victoria,
 Y á otro Juan, siempre invicto caballero,
 Y al quinto Alfonso, al cuarto y al tercero.

XIV.

Ni dejarán mis versos olvidados
 A aquellos que en los reinos de la Aurora,
 Alzaron, con sus hechos esforzados,
 Vuestra bandera, siempre vencedora:
 A un Pacheco glorioso, á los osados
 Almeidas, por quien siempre Tajo llora:
 Al terrible Alburquerque y Castro fuerte,
 Y otros, con quien poder no halla la muerte.

XV.

Y hora (que en estos versos os confieso,
 Sublime Rey, que no me atrevo á tanto)
 Tomad las riendas del imperio vuestro
 Y dad materia á nuevo y mayor canto:
 Y empiecen á sentir el duro peso
 (Que por el mundo todo cause espanto)
 De ejércitos y hazañas singulares,
 De Africa tierras y de Oriente mares.

XVI.

El Máuro en vos los ojos pone frío,
 Viendo allí su suplicio decretado:
 Por vos solo el gentil bárbaro impío
 Al yugó muestra el cuello ya inclinado:
 Tétis todo el cerúleo poderío
 Para vos tiene, en dote, preparado:
 Que, aficionada al rostro bello y tierno,
 Adquiriros desea para yerno.

XVII.

Míranse en vos, de la eternal morada,
 De los avos las dos almas famosas,
 Una en la paz angélica dorada,
 Otra en las duras lides sanguinosas;
 En vos hallar esperan renovada
 Su memoria y sus obras valerosas;
 Y allá os muestran lugar, como acá ejemplo,
 Que abre al mortal de eternidad el templo.

XVIII.

Mas mientras ese tiempo se dilata
 De gobernar los pueblos, que os desean,
 Dad á mi atrevimiento ayuda grata,
 Para que estos mis versos vuestros sean:
 Y mirad ir cortando el mar de plata
 A vuestros argonautas, porque vean
 Que son vistos de vos en mar airado;
 Y á ser, acostumbraos, invocado.

XIX.

Ya por el ancho Océano navegaban,
 Las inconstantes ondas dividiendo:
 Los vientos blandamente respiraban,
 De las náos la hueca lona hinchendo:
 Blanca espuma los mares levantaban,
 Que las tajantes proras van rompiendo
 Por la vasta marina, donde cuenta
 Proteo su manada turbulenta;

XX.

Cuando los Dioses del Olimpo hermoso,
 Dó está el gobierno de la humana gente,
 Van á verse en consejo majestoso
 Sobre futuras cosas del Oriente:
 Del cielo hollando el éter luminoso,
 Van, por la Láctea vía juntamente,
 Convocados de parte del Tonante,
 Por el nieto gentil del viejo Atlante.

XXI.

Dejan de siete cielos regimiento,
Que por poder más alto les fué dado;
Poder que, con el solo pensamiento,
Cielo y tierra gobierna, y mar airado:
Allí juntos se ven en un momento,
Los que habitan Arturo congelado,
Los que tienen el Austro y partes donde
La aurora nace, y el rojo sol se esconde.

XXII.

Estaba el padre allí sublime y dino
Que vibra el fiero rayo de Vulcano,
En asiento de estrellas cristalino,
Con semblante severo y soberano:
Exhalaba del rostro aire divino,
Que en divino tornára un cuerpo humano,
Con corona y el cetro rutilante,
De otra piedra más clara que el diamante.

XXIII.

Más abajo, en asientos tachonados,
De perlas y oró lúcidos, estaban
Todos los otros dioses asentados,
Segun saber y juicio demandaban:
Los antiguos preceden honorados:
Los menores tras ellos se ordenaban;
Y aquí Júpiter alto, de este modo
Dijo, y llenó su voz el cielo todo:

XXIV.

«Eternos moradores del luciente
Estrellífero polo y claro asiento,
Si del esfuerzo grande de la gente
Lusa no habeis quitado el pensamiento,
Recordareis que existe permanente,
De los hados escrito anunciamento;
Por el que han de olvidarse los humanos
De Asirios, Persas, Griegos y Romanos.

XXV.

»Ya les fué, bien lo visteis, concedido,
Que un poder, de recursos poco lleno,
Tomase al Máuro fuerte y guarnecido
Todo el suelo que riega el Tajo ameno:
Y luego le asistió, contra el temido
Castellano, favor alto y sereno:
Así que siempre, en fin, con fama y gloria,
Victoria consiguió tras de victoria.

XXVI.

»Dejo, Dioses, la fama que, no exigua,
Sobre la grey de Rómulo alcanzaron,
Cuando con su Viriato, en esa antigua
Romana guerra, tanto se afanaron:
Y también la memoria, que atestigua
El valor de su nombre, cuando alzaron
Por jefe á un capitán que peregrino,
Simuló en Cierva espíritu divino.

XXVII.

»Y hora mismo admirais que acometiendo
Al inconstante mar, á más se atreve,
Por vias nunca usadas, no temiendo
Iras de África y Noto, en tabla leve:
Que ya, de dominar no poco habiendo
Donde larga es la luz y donde es breve,
Dirigen su propósito y porfía
A ver la cuna donde nace el día.

XXVIII.

»Prometido les es del hado eterno,
Cuya ley ser no puede quebrantada,
Que tengan largos años el gobierno
Del mar que ve del sol la roja entrada:
En el agua han pasado el duro invierno
Va perdida la gente y trabajada;
Y justo ya parece que le sea
Mostrado el nuevo suelo que desea.

XXIX.

»Y porque, como visteis, han pasado
En el viaje tan ásperos castigos,
Tantos climas y cielos han probado,
Tanto furor de vientos enemigos,
Que sean acogidos he pensado
En la africana costa como amigos;
Y allí repuesta la cansada flota,
Que torne á proseguir su alta derrota.»

XXX.

Estas palabras Júpiter decía,
Y los Dioses por órden respondiendlo,
Uno de otro en el juicio difería,
Razon diversa dando ó recibiendo.
El padre Baco allí no consentía
De Jove en el acuerdo, conociendo
Que acabará su gloria del Oriente,
Si fuere allá la Lusitana gente.

XXXI.

De los Hados oyó que llegaría
Una gente fortísima de España,
Por alto mar, la cual sujetaría
Cuanto del Indio suelo Dóris baña,
Y con nuevas victorias vencería
Toda fama anterior suya ó estraña,
Haciéndole perder la escelsa gloria,
De que Nisa aun celebra la memoria.

XXXII.

Ve que tuvo ya al Gánges sometido,
Y nunca le quitó fortuna ó caso
Por vencedor del Indo ser tenido
De cuantos beben linfas del Parnaso:
Su nombre teme ver, que esclarecido
Hoy suena, descender al negro vaso
Del agua del olvido, si allí aportan
Los Portugueses que los mares cortan.»

XXXIII.

Militaba en su contra Vénus bella,
 Aficionada á gente Lusitana,
 Por cuantas calidades via en ella
 De la que antes amó tanto Romana:
 Por su gran corazon, su grande estrella,
 Ya probada en la tierra Tingitana:
 Por la lengua, que ser se le imagina,
 Con corruptela breve, la Latina.

XXXIV.

Estas razones tiene Citeréa;
 A más que de las Parcas claro entiende,
 Que célebre ha de ser la hermosa Dea,
 Por dó la gente bélica se estiende:
 Así que, por el caso que á uno afea,
 Y otro por los honores que pretende,
 No es mucho que entenderse no consigan,
 Y este bando ó aquel los Dioses sigan.

XXXV.

Como el Bóreas y el Austro, en selva oscura
 De silvestre arboleda y escondida,
 Rompiendo ramos, van por la espesura,
 Con ímpetu y braveza desmedida,
 Y el monte entero con el son murmura,
 Que hierva de la junta hoja barrida;
 Entre los Dioses del antiguo culto,
 Tal andaba ardentísimo el tumulto.

XXXVI.

Marte que de la diosa sustentaba
 Entre todos la parte, con porfía,
 O, porque amor antiguo le obligaba,
 O, porque el Portugués lo merecia,
 Contra todos en pie se levantaba.
 Irritado en el rostro aparecia:
 Y el escudo, que lleva al cuello altivo,
 Atras aparta, en ademan esquivo.

XXXVII.

La visera del yelmo de diamante
 Apenas alza, y firme, y bien seguro,
 A esponer su opinion salta delante
 De Júpiter, armado, fuerte y duro:
 Y dando con el cabo resonante
 Del asta en el cristal del cielo puro,
 Le hizo temblar, y Apolo de asustado,
 Un tanto amortiguó su luz turbado.

XXXVIII.

Y á Jove dijo: «Oh padre! á cuyo imperio
 Obedece sumiso cuanto existe,
 Si esta gente, que busca otro hemisferio,
 Cuyo ingenio y valor tanto quisiste,
 No quieres que padezca vituperio,
 Como tiempo hace ya que dispusiste,
 No escuches más, pues juez de todos eres,
 De sospechosa parte pareceres.

XXXIX.

»Que si el Baco aquí no se mostrase
Oprimido de miedo demasiado,
Fuera bien que su juicio sustentase
De no ser contra el Luso odio privado.
Mas esta su intencion no es bien que pase,
Pues de interes al fin nace dañado;
Que lo que el cielo otorga al que bien lidia,
No ha de turbarlo nunca ajena envidia.

XL.

»Y tú, padre de inmensa fortaleza,
De la resolucion por tí tomada
No te desdigas hoy, que es vil flaqueza
De empresa desistir ya comenzada.
Mercurio, pues que escede en ligereza
Al viento y la saeta disparada,
Vaya á tierra á mostrarles dó se informen
De la India, y se amparen y reformen.»

XLI.

Dijo Marte, y el padre poderoso
La cabeza inclinó, como aprobando
Lo que el Dios proponia valeroso,
En la asamblea néctar derramando.
Por el lácteo camino luminoso
Cada númen despues se fue buscando,
Hecho el debido y real acatamiento,
Su habitual residencia y aposento.

XLII.

Mientras esto pasaba en la lumbrosa
Casa del puro Olimpo omnipotente,
Cortaba el mar la armada valerosa
Del lado allá del Austro y del Oriente,
Entre la costa Etiópe y la famosa
Isla de San Lorenzo: el sol ardiente
Abrasaba á los dioses, en pescados,
Por susto de Tifeo, trasformados.

XLIII.

Tan plácidos los vientos los llevaban,
Como á quien tiene por amigo el cielo;
Aire y tiempo serénos se mostraban,
Sin nubes, sin peligro, sin recelo:
De Praso el promontorio ya pasaban,
De antiguo nombre, en el Etiópe suelo,
Cuando el mar les mostraba descubiertas
Islas que con sus olas baña inciertas.

XLIV.

Vasco de Gama, el ínclito caudillo
Que á cosas tan impávidas se ofrece,
Que aduna ciencia del valor al brillo,
Al que siempre fortuna favorece,
El detenerse aquí no vé sencillo,
Que inhóspite la tierra le parece;
Y adelante pasar determinaba,
Si bien no le ocurrió, como pensaba.

XLV.

Porque venir ven pronto, en compañía,
 Varios breves bajeles, sin cautela,
 Del puerto que más cerca aparecía,
 Cortando el ancho mar, con larga vela.
 Se alborozó la gente, y su alegría
 Con mirar y mirar templa y consuela;
 Y ¿quién es esta gente? (entre sí dicen)
 ¿Qué ley tienen, qué rey, qué Dios bendicen?

XLVI.

Las navecillas son, á su manera,
 Muy veloces, estrechas y estendidas:
 Las velas con que vienen son de estera,
 De unas hojas de palma bien tejidas:
 La gente es de la cútis verdadera
 Que Faeton, en las tierras encendidas,
 Dió al mundo, por osado y no prudente;
 Lampedusa lo sabe, el Pó lo siente.

XLVII.

De paños visten de algodón, teñidos
 De color vária, blancos y listados;
 Unos los llevan en redor ceñidos,
 Otros de airoso modo al brazo echados:
 Van de cintura arriba no vestidos:
 Tienen por arma adargas y acolchados,
 Y en la cabeza toca; y mar corriendo,
 Añafles sonoros van tañendo.

XLVIII.

Con la ropa y los brazos indicaban
 A la gente del Luso que esperasen:
 Mas ya las ráudas proras se inclinaban,
 Porque junto á las islas penetrasen:
 La tropa y marineros trabajaban
 Cual si aquí los trabajos se acabasen:
 Toman velas, se amána la verga alta;
 Por el áncora herida, la mar salta.

XLIX.

Ni aún anclados están, cuando la gente
 Estraña por las cuerdas ya subía;
 Vienen con ledo gesto, y blandamente
 El noble Capitan los recibía.
 Manda ponerles mesas prontamente,
 Y el licor que plantado Baco había,
 Y que de vidrio en vasos aparejan:
 Los de Faeton quemados nada dejan.

L.

Comiendo alegremente, preguntaban,
 En arábigo hablar, de dó venían;
 Quiénes son; de qué tierra; qué buscaban;
 Qué parte de la mar corrido habían.
 Las respuestas que al caso acomodaban,
 Con discrecion los Lusos les volvían:
Los Portugueses somos de Occidente,
En busca de las tierras del Oriente.

LI.

*Del mar toda la parte hemos sulcado,
Del Antártico polo y de Calisto,
Toda la costa de Africa rodeado,
Y tierra y cielos varios hemos visto.
Somos de un Rey glorioso y estimado,
Y en todo respetable, y tan bien quisto,
Que por él, no en el mar con gozo interno,
Mas en el lago entráramos de averno.*

LII.

*Y porque él lo mandó, buscando andamos
La gran tierra oriental que el Indo riega:
Por él la mar remota navegamos
Que solo de las focas se navega.
Mas ya es razon tambien de que sepamos,
Si verdad en vosotros no se niega,
Quién sois, si de esta tierra naturales,
Y si del Indo, en fin, teneis señales.*

LIII.

*Somos (dijo uno de ellos que dió cara)
Estranjeros en ley, suelo y ambiente;
Porque á los de estas islas los criara
Natura sin razon ni ley prudente:
Siguiendo nos la cierta que enseñara
De Abraham el preclaro descendiente
(Si de padre gentil, de madre hebrea)
Que gran parte del mundo señorea,*

LIV.

*Esta islilla pequeña que habitamos,
Es en todo el país segura cala
De cuantos en el golfo navegamos
De Quíloa, de Mombaza y de Sofála:
Y asegurarnos de ella procuramos
Como dueños, por ser precisa escala;
Y porque todo, en fin, se os notifique,
Llálmase la insulilla Mozambique.*

LV.

*Y ya que de tan lejos navegades
Buscando el Indo Hidaspe y tierra ardiente,
Piloto aquí tendreis, por quien seades
Guiados por los mares sabiamente:
Tambien será bien hecho que tengades
De tierra algun frescos; y que el Regente
Que esta tierra gobierna, pronto os vea,
Y de lo más preciso se os provea.*

LVI.

*A sus barcos, diciendo así, tornóse
El Moro de su gente en compañía;
Y del Caudillo y Lusos apartóse,
Con muestras de debida cortesía.
En esto Febo al hondo mar llevóse
En carro de cristal el claro día,
Ordenando, que en tanto él reposase,
Su hermana el ancho mundo iluminase.*

LVII.

Pasó la gente de la Lusa flota
 La noche en alegría y descansada,
 Por encontrar de tierra tan remota,
 Nueva por tanto tiempo deseada;
 Y entre sí cada cual advierte y nota
 La gente y uso y ropa desusada,
 Y cómo los que en secta infiel creyeran,
 Tanto por todo el mundo se estendieran.

LVIII.

De la luna los rayos rutilaban
 Por las plácidas ondas neptuninas:
 Las estrellas el cielo asimilaban
 A prado de azucenas argentinas;
 Y los furiosos vientos reposaban
 En las oscuras cuevas peregrinas:
 Mas según su costumbre, por cautela,
 La gente de la escuadra estaba en vela.

LIX.

Pero así que llegó la luz rosada
 Por el sereno cielo á derramarse
 Del alba hermosa, abriendo roja entrada
 Al claro sol que prueba á despertarse,
 Se empieza á embanderar toda la armada,
 Y de toldos alegres á adornarse,
 Por recibir con fiestas y alegría,
 Al Rector de las islas que venia.

LX.

Venia ledamente navegando
 A ver las prestas naves lusitanas,
 Con refrescos de tierra, en sí cuidando
 Que son aquellas gentes inhumanas
 Que las tierras caspianas habitando,
 A conquistar pasaron las Asianas,
 Y por decreto y orden del destino,
 Ganaron la ciudad de Constantino.

LXI.

Recibe el Capitan alegremente
 Al jefe y su completa compañía:
 Dále de ricas piezas un presente,
 Que para estos efectos ya traía;
 Dulces conservas dále, y dále ardiente
 Desusado licor que da alegría;
 Nada hay que el Moro con placer no tome,
 Y con placer más grande bebe y come.

LXII.

La marítima gente está del Luso
 Subida por las jarcias, admirada,
 Notando el extranjero modo y uso,
 Y la lengua tan bruta y enredada.
 También el Moro astuto está confuso,
 Viendo el traje y color y fuerte armada;
 Y todo preguntando, les decia
 Si vienen por acaso de Turquía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 fund. 1625 MONTERREY, MEXICO